



RECOGIDO EN "De esto y de aquello" tomo III



("Nuevo Minuto.. Madrid, 18 Julio 1919)

¿PARA QUÉ ESCRIBIR?

Comentarios al "Epistolario inédito", de Nietzsche

La «Biblioteca Nueva» acaba de publicar el Epistolario inédito, de Federico Nietzsche, traducción directa—y por cierto muy esmerada y correcta—del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres.

Hay en estas cartas del pobre Nietzsche juicios sobre los alemanes, sus paisanos, y sobre su Kultur, que parecerían ahora de gran actualidad. Pero no la actualidad, sino la sempiternidad, hemos de buscar en este Epistolario, y lo sempiterno es siempre lo que se refiere al individuo, ó sea á lo universal y no á un pueblo, que nunca pasa de ser particular. No es el pueblo, es el individuo lo eterno.

Ni conozco á Nietzsche más que muy fragmentariamente, muy de segunda ó tercera mano y por referencias—no siempre de fiar—y de no hace mucho tiempo, ni fué nunca santo muy de mi devoción. No me fié de lo que leía de su Ecce Homo, y, en efecto, leyendo este Epistolario me he dado cuenta de que es él, el Epistolario éste, el verdadero Ecce Homo del gran hipócrita.

¿Hipócrita? Hipócrita, sí, actor. Y por eso y por eso era tan hostil á Rousseau, según en una de las cartas dice. Porque Rousseau fué el gran cínico. Bien es verdad que la pura hipocresía es el puro cinismo, según aquello de la coincidencia de los opuestos del Cusano, y hay la hipocresía del cinismo y el cinismo de la hipocresía.

El pobre Nietzsche le escribía á Malwida von Meysenburg que el Zarathustra era un pórtico de su filosofía «construido por mí—dice—para darme valor á mí mismo». ¡Y que lo había de menester! «Tengo que volver á aprender la risa», le escribía al barón de Scydlitz, ¡el hombre que inventó lo de la risa del león! Risa de león y llanto de cocodrilo, todo es uno y lo mismo: hipocresía.

En lo que me parece más acertado este Nietzsche íntimo, epistolar, es en su juicio de que Pascal es el único cristiano lógico. ¡Claro!, como que Pascal era un matemático cuya razón religiosa era la cardíaca y no la lógica. Es el que dejó asentado que el corazón tiene sus razones—mejor sus pasiones—, á que no llega la cabeza. Además, no se es cristiano, como enseñó para siempre Kierkegaard, sino por oposición. Donde lo creen ser todos, no lo es nadie. Acaso el que no cree serlo.

El pobre Nietzsche, el gran aislado, sentíase solo, solo en la cima—¿ó en la sima?—irrespirable. Su herida consistía, según á Malwida dijo, en no percibir respuesta alguna, ni un solo sonido, y tener que llevar solo, sobre sus hombros, la espantosa carga que uno había querido compartir ó traspasar; pues si no fuera por esto, ¿para qué escribir?

¿Para qué escribir?, nos preguntamos, como Nietzsche, los que no nos conformamos á ser forzados de la pluma. ¿Para librarnos de las ideas!, decimos con él. «Creo que la preñez intelectual es el único estado que, cuando la vida nos cansa, vuelve siempre á ligarnos á ella», escribale á Hans von Bülow desde Génova, en Diciembre de 1882. ¡La preñez, sí; el parto, no! El parto intelectual nos despoja de la vida. Una vez dada á luz la idea, nos es extraña; y hasta tenemos que un día ella, nuestra idea, nos devore.

En la carta, á mi sentir más valiosa, la que desde Niza dirigió el 22 de Febrero de 1884 á Erwin Rohde—el autor de Psyche, ese sólido tratado en que se estudia la fe en la inmortalidad del alma entre los antiguos griegos—, le decía: «Todo pasó; se habla aún, se escribe aún, pero tan sólo para no callar.»

¡Hablar para no callar! No, sino para no oírse. Uno no se oye á sí mismo sino callándose, ó, á lo sumo, hablándose en voz baja, á me-





dia voz, en susurro. No en el trueno, sino en susurro oyó Elías al Señor; es decir, oyó la voz de sus entrañas, oyó *sibilus aurae tenuis*, como dice bellamente la *Vulgata* latina (III, Reg., XIX, 12). Cuando uno se habla alto, no se oye, y hasta habla para no oírse. El orador rara vez se entera de lo que está diciendo; no forma parte de su auditorio.

La conocida paradoja — ¡no se asusten los tontos! —, de Oliver Wendell Holmes — ¿por qué no se le ha traducido ya? —, de que como los predicadores religiosos, no oyendo cada uno de ellos más que sus propios sermones, acababan por saber menos religión que los que les oyen á muchos de ellos, ha de completarse diciendo que el predicador no oye ni su propio sermón ni el que recita. Cuando el maestro Fr. Domingo de Santo Tomás, dominico, al volver de España á la ciudad de los Reyes—Lima—, le preguntó á un indio de los de Chinchá la doctrina, y no la supo ó no quiso responder, «díjole el padre maestro — según nos lo cuenta Fr. Reginaldo de Lizárraga en su *Descripción breve de toda la tierra del Perú*, etcétera—: Pues, cómo, ¿no te enseñé yo la doctrina cristiana y la sabías muy bien?, respondió el indio: Padre, enseñádosela á mi hijo se me ha olvidado.» Y Fr. Reginaldo de Lizárraga — ó por su verdadero nombre, Fr. Baltasar de Obando — añade: «He dicho esto para que se vea la calidad desta gente.» ¿De aquella gente sólo? Todos los catedráticos—Nietzsche también lo fué —, somos más ó menos—más bien más que menos—indios chinchas: enseñando se nos olvida lo que enseñamos. La perfección consiste en enseñarlo *para* que se nos olvide, para echárnoslo fuera. Así hacía Nietzsche el catedrático. ¡Y que es tragedia! Figúrense un catedrático de patología que sabe que tiene un cáncer y que es incurable y ha de explicarlo, ó á quien se le está muriendo de tisis

una hija y tiene que explicar la tisis.

En esa misma carta á Rohde se confiesa Nietzsche poeta. Es lo que creemos que, ante todo, sobre todo y después de todo y para siempre fué: ¡poeta! Y verdadero poeta, no coplero, no orador en verso. Y por eso se ha tardado tanto en entenderle y se le entiende tan mal, sobre todo por sus compatriotas. Porque á nadie se tarda más en entenderle y á nadie se le entiende peor que al poeta. Y además, cabe decir que no hay poeta en su patria. Los que logran distraer pronto á sus convecinos con sus trovas, no suelen ser poetas. ¡Libro de poesías de suceso rápido y ruidoso, de diez veces, las nueve y media malo! Pero Nietzsche, hasta como creador—que esto es poeta — de lenguaje alemán dicen que era un portento. Y hasta esto le perjudicaría, porque un pueblo no quiere que le creen su lenguaje. Sus copleros favoritos son los que en el lenguaje hecho—y deshecho—revisten—y no encarnan—los tradicionales lugares comunes, los que le suscitan reminiscencias de estribillos de rutina. Y para esto, ¿para qué escribir?

En efecto, ¿para qué escribir? ¿Porque eso de dar nuestro nombre á ideas expósitas... Y es lo que el público más pide. Lo de uno, lo propio de uno, le molesta casi siempre. Y se comprende. Tropezar con un hombre es doloroso, porque un hombre, no un mero escritor, es un espejo, y un espejo nos obliga á vernos, á ver nuestro hombre — ¡ecce homo! —, á oírnos; ¡y es tan doloroso oírse! Por esto gustan las estridencias, porque en ellas no se oye sino el ruido y se escapa el *sibilus aurae tenuis*, el susurro, que es la voz de Dios cuando habla en nosotros y por nosotros. Y en las cartas del *Epistolario* que comentamos se oye alguna vez el susurro nietzcheniano, sin nada de carcajada de león.—Miguel de Unamuno.

